

335768

000335768

11 (979a-4) P4

11 (986-11) P11

31729

ARTÍCULOS ESCOJIDOS

POR

Inocencio Gonchalí

(DANIEL RIQUELME)

EN EL HOTEL



AL fin solos! pueden decir, remedando a la feliz pareja del hermoso cuadro *Los Novios*, los santiaguinos que tienen la cordura de quedarse en su casa, veraneando de trapillo en esta temporadita encantadora, tan socorrida y única en que Santiago se vé como desierta a causa de que el *Señor Todo el Mundo, Señora y familia* han tenido la bondad de largarse por esos trigos en busca de viento fresco, quien a Valparaiso, quién a los campos vecinos o lejanos, quién a estas playas, quién a aquéllas otras, dejando todos la presa por la sombra, lo cierto por lo dudoso y lo propio por lo ajeno para en seguida suspirar por los bienes que se han abandonado locamente, cada y cuando

29733

azota el ventarrón las calles, el sol de los campos recuece los polvorosos caminos, acribillan los zancudos, la cama desconoce, la comida es otra, la soledad entristece, aburre la repetición de lo mismo. Santiago entero hace falta y todo sujere a cada paso estos dulces recuerdos, embellecidos por la ausencia y los contrastes:

—Mi tierra!

—Mi casa!

—Mi cama!

Sobre todo la cama, que es como quien dice la segunda patria del hombre, el hogar de sus huesos y el país en que reside, desde que en la cama pasamos la tercera parte de la vida los que dormimos ocho horas diarias de una hebrita... $3 \times 8 = 24$.

La cama ajena, por blanda que sea, es como el pan del destierro—siempre duro!

Por blanda que sea, uno se encuentra en ella como el pié derecho dentro del zapato izquierdo.

Ello es que tanto acostumbra la propia, que hasta el ganado echa de ménos su majada.

Pero la moda es salir, cueste lo que costare la empresa, y siendo moda iniciada por la jente de rumbo, nada hai que decir, sino hacer las maletas en esta querida y vanidosa tierra de Santiago en que la jente le tiene tan grandísimo horror a lo de parecer pobre o ménos que los demas, que ántes pasáramos todos por nietos de Caifás y del mismo ladrón Caco que no por sujetos que carecen de medios para salir a veranear.

De donde resulta que los aristocráticos arenales de Viña del Mar y en su defecto, Valparaíso, son por el bimestre de Enero y Febrero el sueño dorado de las santiaguinas.

En efecto.

¿Cuál de nuestras bellas y voluntariosas paisanas no tiene por estos días, apénas se acercan las vacaciones, unos nervios alterados que calmar con las brisas del puerto?

¿A qué chiquilla de alto, semi o cuarto tono le faltan para la temporada unas anemias o neuraljias y en último caso, unas tristezas que zabullir en las ondas saladas del Pacífico, su único remedio?

¡Oh, la mar!...

Sus brisas!...

Y sus marinos, también!...

Es cosa de alocarse.

Y las novelescas dolencias de la niña, (que aquí se curarían mui bien con agüita fresca al levantarse) encuentran por lo jeneral su punto de apoyo en unas reumas del papá y en otras sofocaciones que la mamá, (que tampoco se baña nunca) sufre de parte de noche.

El viaje, al fin, será un sacrificio ¿pero qué hacerle? Hai que resignarse.

La salud ante todo.

Y ahí tiene usted el principio de muchas debilidades paternales y el hilo de no pocos dramillas que se desarrollan ruda y discretamente en las intimidades de algunos hogares, pero no tan discretamente que la servidumbre no pueda salir a contarlos a la vecindad.

Ahí está el caso, por ejemplo, de un señor bien conocido, padre nada ménos que de cuatro jóvenes buenas mozas, sin reumas él y sin palideces ni otras jaquecas ellas, pues son frescas, risueñas y entonadas como claveles de la costa, todas en estado de merecer.

Año a año pasa el pobre por el ojo de una aguja a fin de conseguir unos realitos que le permitan echar una asomada por Valparaiso, en el hotel.

En el hotel! Esto es lo único que suena bien.

Lo de alojarse en casas particulares, (que ha sido uno de los gravámenes que ha tenido Valparaíso) es ya bastante cursi. Las santiaguinas saben que eso de dormir de a dos en un mismo lecho y de a tres en el salón, esperando que se vayan las visitas para hacer las camas, estaba bueno para cuando se iba al puerto en las calchonas de Vigoreaux. Luego era justo que las amigas de allá vinieran a Santiago a ver el Dieciocho, y la cosa salía no tan barata, mas todas las molestias que origina el tener que pagar un servicio ya recibido.

Nada como el hotel! Ahí sí que se está cual en lo propio, y además descansan de las faenas de la casa las pobres niñas... ellas que aquí no saben ni cómo se hace la sopa de fideos, ni se dan una puntada en un ojo de las medias.

Suéltele usted un galgo a la necesidad de ir por estos días a Valparaíso en razón de la salud, y aun cuando el galgo corra tanto como los vientos, no la pillaré seguramente.

Cierto que en Valparaíso hai agua de mar y de otras cosas, y que allá vá la jente a bañarse en *eso* una vez al año, como quien dice por la Cuaresma o antes si hai peligro de muerte; porque aquí los baños parece que son para remedio; pero tambien es cierto que la época en que el vecino puerto vale ménos como paisaje, clima y bienestar, es por estos tiempos de verano; faltan por lo pronto sus gringuitas de los cerros; pues se han volado en busca de reposo verdadero e hijiénico, léjos del mundo, o no bajan al plan invadido de santiaguinos; la temperatura no es cosa de hacer viaje por disfrutarla, no así en su plácido invierno, protector de los viejos; sus colinas no ostentan tampoco la graciosa vejetacion que entónces las cubre,

jugando a la primavera, en tanto que aquí han muerto todas las hojas; y en fin, en sus calles ni paseos está Valparaiso, sino Santiago con sus caras de todos los días.

Pueden decir los que actualmente aplanan mui orondos las calles del Parque al muelle y del muelle al Parque, que los que aquí se quedan, de picados sacan versos y que de calor sacan chispas; pero no hai tal, porque para gratos veraneos, tan sanos como baratos, aquí están la Plaza, el Cerro, los Tajamares, la Alameda, el Parque, la Quinta, la imperial de los tranvías y los mil rincones de Santiago, donde corre el agua y no da el sol, y todo es holgura y paz dentro de la ropita vieja que vuelve a hacer su papel; porque nadie repara ni nadie está para composturas, mui de otro modo de lo que ocurre a las veraneantes del puerto, las cuales desde que Dios amanece ya están calafateándose para ir al baño en la forzada exhibicion que comienza desde esa hora y dura hasta la de acostarse.

Vea usted que descanso!

Y vea usted otras cosas.

¿Usted vá al hotel?

Pues, ni del Presidio, voi al decir, que viniera usted saliendo, lo pasaria usted mas aliviado despues de tercero dia o ántes, si el santo de su devocion no lo tiene de su mano.

Por lo pronto, comience usted por el camarote o calabozo que llaman pieza en los hoteles. Ahí tiene usted espacio el suficiente para estirar los piés y aire el mui bastante para tragárselo de un bostezo. Todo esto bajo el supuesto de que usted está solo, que lo comun es que lo aten con uno y a veces hasta con dos

de esos veraneantes que, a trueque de que los vean en Valparaíso, aunque los metan en una caja de sardinas.

Luego al frente, al lado, arriba y abajo se ajitan otros condenados al mismo suplicio, ya de celda solitaria, ya de tres en un zapato, y como las paredes divisorias no constan mas que de papel, engrudo y tela, ahí tiene usted que no se le pasa desapercibido rumor alguno del vecino, por discreto que sea.

No se habló de los que roncan como calderas, hablan dormidos, sufren pesadillas o se desvelan por otras causas de las muchas que se conocen para el desvelo.

Atengámonos a lo simple únicamente.

Aunque no es mui simple que digamos la conocida aventura de aquel inglés a quien le tocó un departamento inmediato al que ocupaba un flamante matrimonio.

Cuentan que una noche, conciliando estaba el sueño el dicho inglés, cuando lo despertó una voz risueña, pero ya como cansada, que decía en el cuarto vecino:

—Sosiégate, Jorje!

—Caramba! exclamó el vecino y se volvió a dormir.

Minutos despues se despertó de nuevo. La misma voz, ya mas alterada, decía por segunda vez:

—Sosiégate, Jorje!

Con esta se sosegurá, pensó el inglés y cerró los ojos.

Mas, apénas perdía la conciencia de las cosas, cuando soñó que oía u oyó en realidad el estribillo aquel.

Entónces, sin darse cuenta y a tientas, como soñando, se arrodilló en la cama y dando un tremendo puñetazo en el tabique, gritó con voz de mando:

—Jorje, sosiégate!

Pero esto no es todo en la vida del hotel.

No sé quién me contaba que una noche una señora del sur que volvía de la tandas, le gritaba a su hija

desde la cama sin reparar poco ni mucho en los pasajeros que por allí estaban:

—Cierra la puerta, niña, mira que aquí la aguaitan a una hasta el *contri*.

—Pero es que nos vamos a ahogar, mamá, en este cambucho, respondía la niña.

—No importa y apaga la luz, te dicen, porque de nó luego empezará la retreta de zancudos.

Y de todos estos detalles y menesteres se imponen los huéspedes, y quien dice pasajero de hotel, lo mismo que si dijera poste del telégrafo, farol de la calle, caballo de vijilante o piedra de esquina; pues, como en el hotel se paga hasta la pajueta del cigarrillo, cada quisque se cree con un derecho a desquite que suele ir mas allá de toda vulgar conveniencia.

En ocasiones las niñas no se atreven a pasar para donde tienen que ir, porque esos señores están mirando, o al salir ¡zas! se topan con otro, a veces con el mismo galan que les ha dicho poco há que son ánjeles incorpóreos...

Pero ¿será creible que de entre esos sujetos los haya en los hoteles que... lo que no se le ocurre ni al diablo!... que se pasan las horas muertas de la noche, esperando que tiemble o se declare un incendio en el establecimiento, nada mas que por ver salir a las alojadas en traje de incendio o de temblor?

Habrá paciencia! Y es de sospechar que algo pillan los que rondan en las altas horas por los callados vericuetos de los hoteles, por que a poco andar se vé a esos estraños mochuelos iniciados estrañamente en la confianza de algunas pasajeras, con amistades que no era de esperarse, aparte de que luego le saben a usted de donde viene y a donde se dirige y con la mismísima puntualidad danle a usted entrada y salida acerca

de la vida y milagros de cada uno de los inscritos en el casillero.

Éstos saben al dedillo quiénes se recojen temprano o tarde, solo o en compañía, derecho o tumbado; y quién pena de noche y hasta si usted toma por las mañanas cosa fresca o cosa cálida.

Le ven el contri, como decia la señora aquella.

Y si usted cree que esto es todo, oiga estas otras.

Nada mas frecuente en las charlas de la mesa redonda, que oír a cualquier niño asegurar con la autoridad del que está oficialmente informado, que la fulana reza al acostarse, que la mengana no se lava ántes de vestirse, que esta usa colchados y la otra tiene un lunar en la paletilla, etc., etc.

—Y cómo lo sabe usted? pregunta uno asombrado.

—Ah! mi señor, contesta el niño, en los hoteles las paredes tienen oídos, las puertas rendijas y las chapas lo que llaman ojo de la llave.

De tal modo que por estas vías de los portillitos, yo que no he estado nunca en Penco, sé cuanto hai que saber de muchas santiaguinas que en el año pasado se bañaban en sus playas, como si las hubiera visto, y se lo prevengo por si vuelven.

Pero todavia quedan en los hoteles los que se cuelan a los dormitorios cuando la familia sale al baño y acechan a las que regresan a Santiago en el tren de la mañana para meterse a las camas, cosechar despojos y rehacer una intimidad femenina por los detalles que allí quedan, tibios aun y charladores.

Y todo lo apuntado se lo proporciona usted mediante la cortedad de seis pesos al día, de dos cincuenta por botella de Urmaneta hecho en la casa; de cuarenta centavos por el agua de Seltz (no es posible beber otra), de un veinte por el cabo de vela, otro por el gas, de un cinco por caja de fósforos, y así sucesiva, gradual y suavemente hasta enterar un ojo de la cara.

A lo cual debe usted añadir las propinas obligadas al cuartelero y al *garzon* que le sirve en la mesa; porque entre ellos calan, catan y se reparten a la concurrencia como botín robado en feria.

Estos para mí, estos otros para tí.

Y si en lo de propinas no anda usted mui listo y llegara por su desdicha a descuidar estos modales de saber vivir en los hoteles, mejor que no hubiera nacido! pues, tenga usted por visto que no le dirán ni ¡Je-us! a la hora de la muerte, si ésta le arribase entre sus manos.

En la mesa, para comenzar, lo dejarán sin comer y en la cama sin dormir; porque si le alcanzan un plato, no le pasarán otro, y caso de que lleguen a dos, no le pondrán pan y le negaran la sal o le escatimarán los cubiertos.

Usted grita y reclama, naturalmente. Pues con muchísima fiema que le dirán en sus barbas:

—Estamos sirviendo a los *caballeros*.

Los caballeros son los otros, los que dan propinas, sin que el darlas quiera decir que usted no ayune.

En el dormitorio llegará a salir tothora en los tiestos y seguirá creciendo por mas que usted reniegue o clame a todos sus devotos, si no cuida usted de seguirla con la receta que le indico.

Por lo demas, en la comida no se debe ser mui exigente, como quiera que la preparan para un tercio ménos del número de pensionistas.

El primer día todo parece nuevo y sabe agradablemente; pero desde el segundo comienza usted a sospechar de algunas semejanzas, y al tercero ya reconoce en los guisos del almuerzo las sobras de la comida de la tarde anterior.

Al cuarto, usted con los ojos cerrados señala en el *Menú* los renglones en que invariablemente se lee, día a día:

Pastelitos a la reina,
 Pollo con berros,
 Apio al jugo.

Y en eso de volatería pase usted de mano, aun cuando se muera de fatiga, todo guiso aderezado con mucha pimienta o salsa picante, y diga como si usted lo hubiera visto, que quieren pasarle gato por liebre a favor de la quemazon del paladar.

Por último, harto de callejear, hace usted sus maletas, y pide la cuenta y aunque usted está bien cierto de que ha perdido unos tres kilogramos en la temporada del Hotel, en ella le cobran como si hubiese comido por dos, sin reclamo posible, desde que el patron acaba de obsequiarle una copita de *chartreuse*, a la despedida y la madama sale a dejarlo hasta la puerta, casi enternecida.

Una amabilidad enteramente profesional y que vá tambien en la cuenta.

Finalmente, sus dos maletas se las llevan a la Estacion entre cinco mozos...

Punto mas, punto ménos, tal es la vida que hace en Valparaiso el que va a veranear a sus hoteles, dejando las comodidades de su casa por las aduanas, cuarentenas y bloqueos de aquellos, sin incluir en ello las etiquetas, rivalidades, exigencias y pelambres que le obligan a usted a mirar donde pone el pié y componerse para el baño, el almuerzo, la comida y las andanzas de la noche.

Pero sin esta ventolera de paseos y aventuras que esparce a nuestros paisanos hácia los cuatro vientos, no le conoceríamos a Santiago esa faz encantadora de caseron tranquilo y silencioso—ese silencio y tranquilidad padres de la confianza y de la holgura, que acer-

can a los corazones y a cuyo favor el santiaguino que se queda puede decir, libre de ojos y de oídos importunos, a la vecinita entristecida y solitaria:

—Al fin solos, vecinita!



LA OLLITA

Temo que ustedes se rían... aun cuando hai en este mundo muchas cosas risibles que no son, sin embargo, para la risa.

Y lo temo porque no son las que recuerdo aquí las perfumadas ollitas de las monjas, aquellas tan graciosas que en alegres racimos de mil colores se veían en la Noche Buena entre las flores y las frutas; las mismas que en tiempos ya lejanos, cuajadas de arabescos en hilos de plata, constituían el óleo tradicional de la madrina en todo bautizo, fuera cursi o de gran tono, y eran un primor de las manos y de la ociosidad de las monjas. Claras especialmente, en cuyo torno se trocaban como pan fresco con encargo de un mes antes.

No son esas, que todos, ya grandes, hemos comprado en la Pascua para algun capricho querido, así como cuando niños todos hemos empinado algun cantarito, en la ilusión infantil de una embriaguez liliputiense, hasta que en esas y otras se quedaban entre los dedos, como despues, ya crecidos, se han quedado entre los labios tantas cosas que no eran ollitas de las monjas!...

Pero ¿dispensarán ustedes la palabra, si la digo?

¿Cómo decir, en efecto, que en mas de una vez de mi vida me ha conmovido profundamente, hasta el

punto de no llorar solo por ese compromiso de que los hombres no lloran... cómo decirlo cuando tenían tapadera de hojalata y estaban tostadas, casi renegridas, cual las mejillas de las muchachas que trabajan al reflejo del sol sobre las espigas maduras?

Caen ustedes?...

Y como estas mismas muchachas cuando se ponen flores en la oreja, aquellas llevaban, en sus orejas tambien, no flores por cierto... sino un pan ensartado en una cuchara de estaño, brillante de limpieza y un ají verde en verano y otro seco en invierno.

En muchas leyendas he conocido reyes disfrazados de mendigos y princesas de pastras; pero nunca he visto una espresion mas humilde del amor verdadero, del amor echado a los piés como la Magdalena; golpeado, sufrido, sin rencores como el de los perros.

Ustedes perdonaran; pero es la verdad que desde muchos años tengo delante de mis ojos y en el fondo de mi memoria el recuerdo de... de la ollita de comida que el amor o la piedad filial llevan al preso en su cárcel o al *paco* en la esquina de su punto, y como ayer me salió otra al camino...

—Puff...

—Foo?...

Que perdonen, entónces—si esto leen las que navegan la vida dulce y muellemente como en el seno de una flor o entre el plumaje de un cisne, acaso sin sospechar, no por lo del catecismo, que todo el largo de la ribera es un cardal de infelices y que éstos son prójimos... tambien!

Que perdonen y que los corazones que han amado hasta las profundidades del sacrificio, saboreando a solas, hasta la sublimidad ignorada de la ollita de comida, compadecerán, sin duda, a las que en medio de todas las materialidades ostentosas del mundo, ébrias de joyas y de sedas, no saben y suelen morirse sin

saber qué gusto tiene ni cómo es la única cosa cierta de la vida—el amor!

Allá en mis mocedades, cuando era bombero, hice varias veces la guardia de Cárcel, primero como soldado y despues en el rango de sarjento, punto mayor de mi carrera militar. Correspondia al sarjento la administracion interior del establecimiento y en sus manos tenia, como un San Pedro de casaca, las llaves de grandes y pequeños favores que formaban el cielo soñado de los detenidos, hombres y mujeres.

Aquellas guardias eran un horror que duraba militarmente cuatro horas; pero los presos respiraban aliviados cuando veian aparecer los conocidos arreos de los *niños*, mas alegres tambien que el austero uniforme de la tropa de línea.

Porque los *niños* significaban para ellos una suspension de hostilidades, una tregua a la crueldad estudiada, metódica, ya casi mecánica de sus guardianes ordinarios—bien ordinarios ciertamente!—los centinelas, llaveros, mayordomos y demas canes de la jauría judicial.

Durante la guardia de los bomberos no habia cepo, grillo, varilla, ayunos y muchísimo ménos injurias que habrian corrido como agua sobre aquellas pieles marmolizadas.—Se les ausiliaba en cuanto era dable y ellos manifestaban su gratitud, recobrando a poco andar el invencible y sarcástico buen humor del roto.

Todo esto sin que la tolerancia de los guardianes enjendrara menosprecio en los guardados, aun cuando se las cantaran al mas listo o por cualquier resentimiento.

Un día el cabo de la guardia castigó a uno de los presos con la pena mayor que se les podia imponer:

no le permitió recibir la ollita de comida que le llevaban de su casa.

Por una travesura de cuartel fué en seguida rebajado a simple soldado, cosa que le dolió en el alma, y al turno siguiente hizo la guardia sin su jineta.

Hacia de centinela a la puerta de un calabozo, y en cuanto volvió la espalda, un roto sacó la boca por entre los barrotes, afilándola como galgo:

—Linda carrera lleva este *futre!*—dijo y se hundió como en los títeres.

Una pedrada no le habria pegado tan dolorosamente al ofendido y por mas que llamó al sarjento y alarmó al reten, no fué posible, para darle satisfaccion, abrir un calabozo cuya atmósfera era visible hasta el punto de que el aire de afuera, cuando se abria, hacia como un hoyo oscuro en la masa gris que jiraba pesadamente en aquella sala en que dormia un ciento de facinerosos.

Y como quedaban a mano, no hubo mas.

Pero nadie en adelante volvió a impedir que un preso recibiera su ollita.

Habia un plazo fatal para recibirlas; pero como la hora en que comenzaba a correr dependia del capricho de los carceleros, los niños, las mujeres o las viejas que las llevaban, reuníanse desde temprano en la acera del frente, clavados los ojos en el porton negro, implacable que cerraba el zaguán.

El momento esperadó se anunciaba con el rumor conocido de las llaves que parecian repicar y los gruñidos de ese viejo porton que, al entreabrir las, dejaba ver allá a lo léjos, cuadrículadas por los barrotes, las caras de los presos, al propio tiempo que éstos, alargando los cuellos como jirafas, lograban descubrir

algun rasgo querido junto con el sol de la calle libre.

Porque dada la señal, el tropel de la calle se avalanzaba a la puerta, implorando a todos se le diera preferencia a la ofrenda de su cariño, haciéndolo llegar hasta el objeto de tanta paciencia y Dios sabe de cuántos afanes.

Y seguía el desfile de ollitas, todas iguales, todas renegritas y tostadas como frente de veteranos que no han desertado en una larga campaña.

—¡Para Fulano!

—¡Para Mengano!

—¡Hágame la gracia!

—¡Por su mamita!

—¿Como estará, señor?

—Me haría la gracia de entregarle este tabaquito, no es mas que tabaco.

—¡Dios le dé el cielo y la gloria!

—¡Por lo que mas quiera!

—Vengo desde el Camino de Cintura.

Y una presentaba un pañuelo mui lavado; otra una blusa remendada; aquella un jabon, una camisa y por el estilo mil prendas, que eran otras tantas flores que el amor hacia brotar en medio de esta profunda y heroica miseria.

Algunas de esas mujeres, desde un año, desde muchos atrás y desde los mas apartados suburbios de la ciudad, día a día, sin faltar jamas, con sol o lloviendo, día a día hacían esa sagrada peregrinacion.

Una de las mas constantes no era sino la prometida de un bellaco jibado como Rigoletto.—Al fin los casaron al través de las rejas, y él continuó preso y ella llevándole la comida diariamente. Le lavaba a un cura, talvez al mismo a quien le habían robado los derechos cuando gavilaneaban juntos al aire libre.

Y pasando ollitas de mano en mano, recibíendolas despues sucias y vacías, pero sin asco como santifica-

das, los *niños* de la guardia se miraban callados, enterrecidos, pensativos ¡quién sabe si hasta envidiosos! inclinándose con respeto ante esas Julietas haraposas que desmentían ellas solas con su constancia el triste adajio italiano:

Distante de los ojos
Distante del corazón.

¡Fieles a un roto preso!

Jóvenes, hermosos, ricos y felices aquellos niños ¿cuál de ellos podía palmearse el pecho, orgulloso de haber recibido una prueba de pasión semejante?

¡Aquellas caras feroces la recibían todos los días!

¡Aquellas trazas patibularias, todo ese fango humano tenía un hogar, un corazón que latía por ellos, una amante, una mujer que, en la distancia, empleaba sus labios en soplar el fuego en que calentaba su ollita de comida, ella que acaso no comía!

Uno de la guardia las llamó una vez santas mujeres y pareció que la palabra la había dicho Jesús.

En concepto de todos, la ollita de la plaza, tostada al fuego, con su tapa de estaño, se elevaba a la altura de un canto de amor.

Y el amor entraba en todos los corazones como el aire en una puerta abierta de par en par.

Desde entonces sigo con la vista toda ollita de comida que encuentro en mi camino, y suspiro sin saber por qué.

Acaso siento que a mi lado pasa un corazón.

Y como las encuentro con frecuencia por las calles, pienso que no son pocos los que se aman de veras; pero me quedo con estas dudas: Si hubiera de buscarse un caso de amor ¿se hallaría en los salones iluminados a todo gas o en el rancho desvalido en que de noche arde un cabo de vela y en el día una mujer con

los ojos llorosos sopla los carbones, talvez robados, en que calienta la ollita de comida que lleva al preso?

Fieles a un amante, condenado a cinco, a diez años de presidio!

Consagrarse al trabajo, lo que es dulce para arrimar la olla al fuego o envilecerse, lo que debe ser horrible, a trueque de que no falte, y todos los días cruzar la ciudad, esperar una hora a la puerta de la prision, en invierno y en verano, suplicar mil veces, devorando injurias, para que llegue hasta el fondo de un oscuro calabozo como la luz de una lejana y única estrella en un cielo implacablemente cerrado!

¡Hacer del amor una hermana de caridad!

LOS ROTOS CABALLEROS

Bien dice el refran que nadie es profeta en su tierra.

Quién habia de pensar, por ejemplo, que nuestros rotos en el Perú dejaran fama de graciosos, particularmente en Lima, donde corre tantísima sal andaluza?

Pues allí encontraron, nada ménos, quien descubriera en ellos una mina de natural y chispeante ingenio, que fué valientemente explotada; porque peruanos habia que se daban a provocar situaciones arriesgadas, a trueque de tener dimes y diretes con los rotos y de oír sus salidas a lo Quevedo, mas comúnmente a lo Aretino,—motivo por el cual no es posible ofrecer aquí una muestra mui surtida de aquel ingenio tan celebrado por allá.

El hecho es que de aquellas salidas se contaban algunas en los corrillos de Mercaderes y Plateros.

En todo caso, puede asegurarse que los rotos no pasaron por candelajones en la tierra de la canela.

Si allá había sal, ellos llevaban ají.

Y con permiso de ustedes salga para muestra este boton.

En una noche de invierno, repleta de niebla, un soldado del Búlnes vijilaba el paso del puente de Balta, sobre el Rimac.

En aquel puente, como en otros lugares públicos, las autoridades peruanas habían colocado carteles que en letras mui visibles determinaban puntualmente lo que no era permitido hacer en esos sitios,—un decálogo de honestidad y de aseo.

Un jóven limeño que se recojía a su casa a esas horas y por aquel puente, luego divisó la silueta del policial que se paseaba gravemente, envuelto en la niebla, como una araña en el fanal de su tela.

—A ver qué dice!—pensó el jóven, que venia de mataperrear, y se acomodó a guisa de infringir claramente uno de los mas graves mandamientos de las tablas municipales.

A riesgo de cuanto pudiera sobrevenirle, el jóven queria provocar un incidente parlamentario con el guardian chileno,—a sabiendas de que tan duro tenían el puño como suelta la lengua y dispuesto el ánimo a topo suceso.

El policial, apénas descubrió el bulto y el delito, dirijióse sobre ellos; pero a paso de cazador que seguro está no se le ha de volar el ave; mas ántes de que hablara palabra, el atrevido delincuente le salió con esta:

—Lo que es la vida, amigo!—dijo en tono compun-
jido. Vea usted, vengo de una cena y por lo que pagué

cient soles, talvez nadie me diera ahora un cobre...

El roto entendió el reclamo.—Dejando su autoridad para lo que llegara mas tarde, respondióle con el mismo son filosófico y apesadumbrado:

—Si echa de ver, señor, que nó le han de dar lo que vale,—mejor que se lo vuelva a comer.

Y como ésta, muchas otras; pero para conversadas en campaña...

Mas era en el punto de la nobleza donde los rotos encontraban mui ancho campo para sus truhimerías.

Siempre habia entre ellos algun chulo, por lo jeneral el de mas hilachas,—empeñado en que nadie lo mirara en ménos, porque en su tierra habia sido mucho mas de lo que allí se le veia.

Recuerdo que una mañana, caminando por el trecho de camino,—unas veinte cuabras en todo,—que mediaba entre el puente de Lurin y las casas de la hacienda en que se hospedaba el Cuartel Jeneral,—llegué a juntarme con una hilada de seis soldados que llevaban el mismo rumbo.

Eran los primeros dias de Enero y el sol tostaba el polvillo gris de la carretera.

Los rotos seguian como una bandada de choroyes.—Hablaban a gritos y reian a toda boca, haciendo cabriolas, de uno en fondo, para aprovechar la ceja de sombra que proyectaban los ralos sauces de la orilla de una ancha acequia,—una acequia digna de Peña Flor,—límpida y callada al deslízarse mansamente sobre las raíces rosadas de los árboles.

Retuve el tranco de mi caballo y por muchas cuabras, haciéndome el distraido, fui disfrutando de la abundosa y espontánea algarabía de aquellos sujetos que, a no ser por el traje militar, se les hubiera toma-

do por paseantes que no llevan auestas el menor cuidado.

—Hombre!—esclamó uno de ellos, parándose en el punto en que se unian dos corrientes.—¡Pero si esto es igual a Machalí: la misma acequia, los mismos árboles, hasta el callejon lo mismo!

El que hablaba era un roto fornido, lleno de espaldas y de pecho, que debia ser eximio para el juego de la pala.

—Esa es tu tierra?—le preguntó otro.

—No es mi tierra,—contestó el primero;—pero allí tiene mi papá su fundo.

—Tu papá?—gritaron los demas, y el valle se llenó de carcajadas.

Entónces saltó un tercero.

—Sí,—dijo,—el papá de éste es caballero: come bistecque con huevos!

Ustedes habrán oído contar algo de la espedición Arriagada:—Una marcha de cuatrocientas leguas serranas, saltando precipicios, cruzando rios, escalando cumbres y rodando abismos, bajo la lluvia, la nevazon y el sol,—marcha de dia y de noche, en el noble afan de darle alcance a Cáceres, el nuevo Huáscar de la sierra, de sus madrigueras y sus punas.

Un píquete de arrastre cerraba la columna, recojiendo a los rezagados en cuanto era posible.—Los que no daban muchas esperanzas, allí quedaban para boquear a solas ante el cuadro maravilloso de las nevadas cordilleras,—fúnebre imájen y triste vision de las alegres y hermosas cordilleras de la patria...

Y andar, los demas, siguiendo la bandera del batallon, y andar hasta que el aliento faltaba en esos pechos animosos y la piel de los piés tambien.

Las botas habian quedado amarillando a lo largo de la áspera ruta.

Entónces el fatigado se detenía y a orillas del camino veía pasar a los buenos, esperando llegara la cola de la fila para juntarse a ella.

Se cuenta que uno mas rendido que los otros, entregó su rifle al compañero, y diciendo:

—No aguanto mas!—se lanzó de cabeza a un precipicio en cuyo fondo se veían como ratas los grandes buitres que devoraban a los caídos en la vanguardia.

Pero apenas se tocaba alto renacía el espíritu invencible de nuestro pueblo.

—Buen dar!—esclamaba un rotito artillero,—que ande yo por estos yermos y pedregales, cuando a estas horas podía estar en el salon de casa, tomando té con las niñas!

A otro le arreglaban el traje para administrarle unas manos de azotes.

—A un caballero!—decía el roto, sin preocuparse mucho del oficial que presidia la ceremonia.

—Van a ver que soy caballero!

A los veinticinco, el cabo oficiante hizo una pausa para cambiar de varilla.

El roto volvió la cabeza.

—Si lo supiera mi mamá,—dijo con amargura,—cómo no alborotara los ministerios!

Y estas chuscadas son el cayado en que el roto chileno, andador incansable, descansa sus fatigas y sigue cantando, cualquiera que sea el largo y el peso de la jornada.



APARICION DE SANTA RITA

Hacia una hora,—una de aquellas horas de lánguida beatitud que descienden al ánimo tras del último sorbo de café,—que contemplaba yo su retrato en medio de la soledad de mi cuarto de soltero.

Era la sonrisa primaveral de su imájen encantadora la única flor, la única estrella, la única nota alegre entre el silencio de mis viejos libros, de mis cuadros y otras pobrezaas queridas, que han envejecido a la par que yo, como fieles compañeros de remo y de cadena.

Mui a la oriental sobre una mecedora que me vió nacer, habia llegado a embriagarme en esa dulce contemplacion a la media luz del crepúsculo de mis pestañas entrelazadas,—al través de las cuales penetraba y me hería, suave y castamente, la blancura immaculada de su divina garganta, así como el rayo de luna que en los bosques cruza callado el follaje de las lianas silvestres.

Alargué el brazo y alcancé el retrato casi a tientas, pensando si todavía quedaria suelto por el mundo algun diablo bienhechor con quien hacer un pacto.

—Qué cosa mas fácil? me decia.—El diablo no tendria que idear una nueva Margarita.—¿Cuál podria ser mas bella que ésta que yo veo, blanca camelia, albo copo de risada espuma que la aurora tiñe con los rubores del pudor y de las rosas?

Y por la primera vez, pero con la uncion religiosa de la vírjen que comulga, acerqué la estampa a mis lábios.

Creí soñar y me pareció morir cual se muere en sueño...

Me pareció también que la figura se animaba, mirándome con la coquetería enojada de un Cupido traidoramente aprisionado.

Luego percibí como un tropel de locomotoras que volaban cerca de mis oídos y cerré los ojos, sintiéndome lanzado en el vacío de una eternidad blanda, coloreada de rosas.—Pero en el fondo de mi cerebro la imagen apareció de nuevo, sonriente, titilando, en fantástica miniatura, al modo que el otro sol de allá arriba se refleja entero en una gota de rocío.

—Tanto la amas?—esclamó detras, encima, en torno mio, no sé dónde ni cómo, una voz estrañamente melodiosa.

Miré a todos lados, en el colmo del asombro.

¿Quién leía en mi alma?

No habia nadie; mas tornaron a decirme:

—Tanto la amas?

—Y tú quién eres? respondí cortesmente, imaginando, esperanzado, fuera un vástago perdido del diablo de Fausto.

—Una vieja amiga,—agregó la voz misteriosa,—a quien has abandonado por otras, o mas bien, por nadie; pues nadie me ha reemplazado en tus creencias de niño...

—Eso es un poco vago. ¿Serías tan amable ¡oh, sombra, que te dices mi amiga! para aclararme este portentoso enigma que conturba mi espíritu, te lo confieso; pero que seduce y atrae a mi corazón cual el abismo que ella forma en mi existencia?

—No tengo inconveniente.—Yo soi la que allá en tu feliz infancia te vendía tu ropa vieja y las botellas vacías; aquella que te sacaba bien en exámenes cuya materia ni sospechabas, apesar de que siempre creías engañarla con promesas que no cumplías.

Quedé pensando; pero al punto, como evocado por un conjuro maravilloso, cruzó por mi mente con los

vivos colores y el caro perfume de la edad, el cuadro alegre de mis años juveniles, ya tan lejanos!

Ví el semblante de ña Benita, aquella comadre del barrio, mitad hechicera, mitad providencia, que sabia sacar catorce reales de un terno usado, siete de unos pantalones, tres de un sombrero,—reales que me entregaba en las grandes vísperas de la Semana Santa, el Dieziocho y la Pascua.

Volví a ver, asimismo, colgando a la cabecera de mi lecho en su modesto marco de madera aquélla imagen vestida de negro, coronada de rosas, que fué mi amiga del cielo, mi paño de lágrimas, mi querida Santa Rita, abogada de imposibles y a cuya devocion me inclinó mi nodriza en las oraciones de la mañana y de la tarde.

—Serias Santa Rita?—esclamé, iluminado por estos recuerdos.

Oí una música celeste que parecia cantar como Raoul:

—Tú lo *dicesti!*

—Y a qué has venido, dulce recuerdo de mi niñez?

—He leído en el fondo de tu alma y he tenido compasion de tí.—Algunas buenas acciones tuyas, apuntadas en el Gran Libro, me permitieron alcanzarte un favor que no sueñas: Ella vendrá a verte!...

—¡Oh, santa querida, abogada de imposibles, tú te vengas cruelmente de mis viejas colejialadas; pero esto no es digno de tí! Tú que amaste en el mundo no debes burlarte del amor de un desdichado como yo!

—Hablo mui sériamente.—Ella vendrá aquí y permitido te será... Pero ahí la tienes!... ¡mira!...

No era un sueño, nó.

Una luz rosada y blanca como el alba matutina y las eternas nieves; rosada cual el plumon naciente del flamenco jóven,—ibase condensando en un cuerpo humano que gradua'mente tomaba el colorido y las formas de la figura adorada.

Reconocí, temblando como si asistiera al nacimiento de un mundo, sus cabellos de oro castaño y su frente de grandes pensamientos.—Una mano invisible dibujó en seguida la arcada elegante de sus cejas moriscas.—Brillaron despues los soles oscuros que arden a su sombra. En sus lábios brotó la hermosa flor del granado, y la graciosa ondulacion de una sonrisa, dejó ver, tras de esos lábios, una cinta blanca que remediaba a Vénus desnuda sobre un mar de sangre.

—Basta! dijo la voz y la luz se borró.

—Y la garganta, madre mia? Siquiera su divina garganta!—esclamé suplicante.

—Tus obras no merecen mas por ahora y acaso es demasiada recompensa. Además, hoy me seria imposible compadecerme de tí; porque su garganta pertenece a Edit, la jóven a quien sus contemporáneos dieron el nombre de la Hermosa de Cuello de Cisne; —y esta es justamente la hora en que esa jóven va a buscar el cadáver de Harold, su infortunado amante, sobre los campos de Hasting.—raro ejemplo de pasion en mujer que tenia cuello tan hermoso!

—Cómo!—¿Qué son de poco corazon las mujeres de cuello de cisne?

—No me es dado descubrir a tus ojos mortales el secreto del porvenir. Lo que ha de suceder allá lo verás tú.

—Pero, dame, al ménos, madre mia, un consejo ¿debo seguir amándola? No es sonsera un amor sin esperanzas?

—Debes amarla siempre, aun sin esperanza alguna; porque no podrias dar a tu tiempo, a tu alma ni a tu vida mas noble destino, y amándola como ahora, no serás ni sonso ni ridículo, pues son bellas y van siendo mui escasas las pasiones verdaderas, sobre todo en tu pais, donde hace años no se oye decir de un rasgo de amor.—En cambio, yo he visto en San Bernardo,—

continuó la Santa,—a siete incrédulos que oían misa por atrapar a una beatita con plata; pero no quiero pelar como las desengañadas de mi clientela, y me voi. ¡Adios!

—Que te vas tan pronto?

—Tengo que hacer con esta linda chiquilla. Es mi varilla de virtud!

—Y adónde me la llevas?

—Léjos de aquí, cerca de Valparaiso. En este momento duerme profundamente un jóven inglés. Sueña se ha caido dentro de un tonel de wisky y voi a despertarlo, pasando por su memoria esta imájen que le dará la ilusion de que sus manos lo arrancan de la muerte.

—Pero, qué ha hecho ese inglés para tal recompensa?

—Esta mañana ha socorrido una desgracia verdadera.

—Yo socorreré cien. Llévate para los pobres todo lo mio, santa bienhechora, por un solo minuto mas!

—Mucho la amas?

—Cuando era niño y me preguntaban: quieres a tu madre? abria los brazos cuanto podia; cuando me decian: ¿amas a Dios? trataba de abrazar el aire.—Ahora... ahora, Santa mia, tengo los brazos mas grandes y el corazón tambien...

Y tanto debí estenderlos como para abarcar el orbe, que sentí el áspero crujido de mis huesos, al mismo tiempo que una voz conocida me decia bondadosamente:

—Con los piés destapados y la cabeza como un horno!



COSAS FACILES

Entrando a Santiago por la estacion de los ferrocarriles, podia leerse, hasta hace poco tiempo, un aviso que decia (como si los mendigos nos llegaran por los trenes).

—«La mendicidad queda prohibida en el departamento de Santiago».

El aviso se puso por orden de Vicuña Mackenna, entónces Intendente,—y que hubo de morir sin lograr ver realizados ese y otros muchos de los adelantos que soñó para esta tierra que le fué tan cara,—aunque dicho sea, que tampoco los hemos visto nosotros que hemos vivido mas que él.

Despues de tantos años que han pasado desde la prohibicion de Vicuña; tras de cuanto se ha dicho y escrito inútilmente en contra del negocio de la mendicidad en las calles, llega uno a pensar no sea cosa fácil o no esté en manos de la autoridad local despegar de la vía pública las cariátides legendarias de los mendigos, que la adornan.

Cierto que hoi se ven ménos que en aquellos tiempos en que los vecinos sacudian las alfombras en la calle atravesada; pero si han desaparecido algunos ha sido, ya porque la muerte dió fin a sus afanes, o la fortuna le permitió a no pocos retirarse en la vejez de los negocios,—no por arbitrios humanitarios de las autoridades obligadas a ello.

El hecho es que todavia quedan los suficientes para justificar las quejas del público. Las aceras de la calle, el rincon éste o la puerta aquélla siguen siendo la residencia tranquila de liciados que exhiben al transeunte la coleccion de sus diformidades e inmundicias.

La acera, el rincón o la puerta vienen a ser como la tienda de su comercio y tan anchas que van hasta con silla para pasar el día, y allí almuerzan y allí reciben y despachan sus negocios y visitas.

De nuestra Alameda concurrentes eternos son, sobre todo en los días de fiestas y a las horas de paseo, un tronco mugriento de hombre y un triptongo de mico, muchacho y sabandija, a los cuales arrastran en sendas carretillas por entre los paseantes, algunos chiquillos que hacen de perros en esos carromatos de feria.

A la Alameda, como es sabido, va la jente por holgar el ánimo en la contemplación del cuadro que ahí se ve dentro de tan majestuoso marco; desde un sofá está uno como aguitando por una rendija el paraíso de Mahoma, cuando a lo mejor se le aparece por las rodillas aquella cabeza de lagarto.

Aquí tiene usted que se le aguló la fiesta para todo el día, y dése por feliz quien pueda más tarde pasar sorbo de sopa, a no ser médico recibido o sepulture o viejo.

Esto es el colmo; pero hai todavía otros colmillos. En la calle de la Moneda, al llegar a la plazuela, ha tenido durante muchos años su escritorio un sarmiento reseco de mujer que hacia, sin embargo, la comedia de criar a una chiquilla de dos años,—como si en la vida del mundo fuera dos veces posible la taumaturgia de sacar agua de los riscos!

Ha vivido y vive de la parroquia de los empleados, en pacífica posesión de una vara cuadrada de acera, sin que nadie le haya preguntado por la procedencia de esa flor de dos años, condenada a vivir, talvez por módico cánón, a la sombra y a la magre de aquel sepulcro.

Y de la misma forma y manera se ven por las calles, ora entrapajadas, ora viejos mal catados, que pordiosen en nombre de un niño que llevan en brazos.—

Los portales ha sido tambien casa propia de una mujer que parecia estraida del carreton de la basura, plagada de chiquillos éticos, lo cual no impedia para que todos los años obsequiara al público con la vista de una nueva lombriz, que no otra cosa son aquellos infelices, comidos de ociosidad y de miseria hecha a mano.

Si en Santiago no hubiera asilos en que hospedar estas desgracias, nadie, ciertamente, tendria la crueldad de impedir que imploraran la caridad pública, ya que de otra cosa no pueden vivir desdichados como aquellos de las carretillas. Pagaríamos con los ojos nuestra inhumanidad y justo castigo de ella seria entónces la afrenta diaria que resulta del espectáculo de todos los Jobs y Lázaros, rondando las calles de la ciudad. Pero hai asilos, a Dios gracias, que nos dan el derecho de pedir a la autoridad secuestre esas estampas asquerosas, cuando no inmorales, que hoi como ayer, circulan libremente.

Conviene no confundir.

Pedir limosna para el sujeto que por el momento no tiene otra cosa y que no está en el caso de ir a un asilo, porque solo padece de pobreza corriente, es un recurso cuasi sagrado. Podrá ser mas o ménos impertinente, como pedir fuego, preguntar una direccion u otro servicio semejante; mas nadie le podrá impedir al hambriento hablar con el transeunte para decirle si está dispuesto a darle un cobre para pan.

Estos son como mendigos movilizados por una necesidad transitoria, sin negocio establecido ni profesion declarada.—La policia debe distinguirlos para respetarlos, de aquellos mendigos de línea, permanentes y titulados, que domicilian su jiro en sitio fijo, especu-

lando con sus deformidades o negociando con niños ajenos.

La misma policia, con poco empeño que pusiera en la tarea, daria fácilmente con los que deben ir a presidio o casas de socorro, espantando a los simples ociosos y respetando a la desgracia cuando se tope con ella,—desgracias tan verdaderas y profundas, que obligan a confundirse con la calaña de falsos necesitados.

Otros que merecen compasivo respeto son dos ciegos que a poca distancia se ven en la calle de Morandé al llegar a la Alameda: una muchacha como de catorce años y un hombre no mayor de treinta. El ciego pasa callado, ni siquiera reza cuando siente pasos; la muchacha rie de veras y juega a tientas, sobreponiéndose la juventud a tanto infortunio.

Son tan limpios y honestos, es tan visible y humilde su desgracia, que nadie atentará contra su derecho de pedir al prójimo el pan que no pueden ganar... solo que en la Alameda están fuera de su sitio.

Los ciegos tienen su poesia tierna y conmovedora; pero en la puerta de los templos.—Los dos de que hablamos merecian la puerta de San Agustin... Y acercándolos ¡quién sabe si ambos no encontraran lo que buscan en vano, porque no se ven, estando tan cerca el uno de la otra!...



Sin salir del renglon de los mendigos o simples truhanes, circunstancias que suelen andar mas juntas y cosidas de lo que imagina la caridad de a cobre suelto,—queda otro grave asunto, pero cosa fácil, que se relaciona directamente con la calle pública, y es a saber:—el reparto de comida sobrante en la portería de algunos conventos, justamente de los dos conventos mas pobres, San Francisco y la Recoleta Francisca.

Los conventos ricos no dan motivo de queja en este sentido; porque, a lo que se deja ver, tampoco dan ni los relieves de su refectorio...

Vivan por ello mil años los padres franciscanos, aunque así engorden bellacos como socorran necesidades honradas; pero que todas son hambres verdaderas.

El mal está en el uso que hace de la acera aquel apostolado de tipos increíbles, que armados de tarros y latas de ex-pintura y sardinas, que dragonean respectivamente por olla y cuchara, se pasan en la portería,—horas de horas esperando que abran; horas de horas una vez que abrieron, reposando lo comido.

¿No tendrían por ahí los buenos padres algun rincón de patio que sirviera para tal merienda? Y no les sería igualmente fácil obligar a sus parroquianos a no ocupar la acera, ensuciándola e interrumpiendo el tráfico, so pena de suspension de cuchara?

El público no se impondría, como ahora, de estas tristes intimidaciones que conviene ocultar en cierto recato que puede llamarse honestidad del buen parecer, pudor de las calles o cosa por el estilo.

Luego dijo el Cristo que lo que diera la mano derecha no lo supiera la izquierda, y con el sistema en uso, cualquiera sabe hoy hasta lo que comen los padres.

Accidentes de la calle son, entre otros:

—Empaparse los piés en las cascadas que vácian sobre la acera los caños de aguas-lluvias, los cuales dan por terminada su mision en la línea de la pared.—Deben prolongarse hasta la alcantarilla.

—Que aportille el paraguas otro caño que derrama de alto a bajo la cosecha de los tejados.

—Quebrarse una pierna en una losa que falta u otra que está suelta, porque así suelen dejarse para la noche.

—Sumirse en una compuerta, a las mismas horas; porque se olvidó la tapa.

—Asfixiarse con las acequias de la calle del Estado —nada ménos.

—Resbalarse en cáscara de fruta cuando usted se pasea en los portales.—(Arrojarlas a la acera es cosa de chiquillo de la calle; pero éstos no comen frutas de los portales y caso de comerlas se entiende que es con cáscara).

De siete a once de la noche rijen especialmente estos percances:

Que lo secretee una vieja:

Lo persiga bulto tapado.

Y lo escandalice una párvula, etc., etc.

Diga ahora el que quiera si todas estas cosas no son cosas fáciles de remediar con solo un poco de buena voluntad.



Nuevos Suscritores

Santiago.—Jerman Risco, Presidente de la República.—Claudio Vicuña.—Manuel Ejidio Ballesteros.—Prestitero Rodolfo Vergara Antúnez.—Ricardo Matte Perez.—Roberto Parragué.—Bolívar Salvo.—Jerónimo 2.^a Plaza.

Calbuco.—Pedro M. Morales.—Elvira Díaz de B.—Leonor Gallardo.—Alfredo de la Puente.—José Castrillon.—Nicolás Marin— Cipriano Oyarzo.—Guillermo Schneider.

Copiapó.—J. Manuel Véliz D.—Lemetrico Rojas E.—Pío Jiménez.

Roma.—Luis A. Mardonez.

La Huerta.—Julia Peña.

Vallenar.—José Domingo Torres.—Jerman J. Múrez Huerta.—Carlos A. Pivet.—Elias Espinosa.—Justo 3.^o Ovidio Ochoa Bustos.—Joaquin Cabrera.—Juan Gualberto Flores V.

Los Nogales.—M. Cortéz M.—Agustin Leor.—Juan Garat.—Armando Escobar.—Simon Arancibia.—Hijinio I. Godoy.—Juan Ramon Ramirez (Cura capellan).—Antonio Adrian.

Valor de las suscripciones

Por un año (24 cuadernos).....	4 pesos
Por un semestre (12 cuadernos)....	2 »
Por un trimestre (6 cuadernos).....	1 »

LA PUBLICACION APARECE CADA QUINCE DIAS

Dirijirse a Domingo Urzúa Cruzat, Santiago, Correo Central.

LIBROS EN VENTA

Obras completas de Gustavo A. Recquer.—Tres tomos en 8.º, pasta de cuero, rico papel, impresion esmerada con un hermoso retrato del malogrado poeta en su primera página; completamente nuevos, en solo 8 pesos.

Los Novios de Manzoni.—Un tomo en 4.º, de 550 páginas, con el retrato del autor; usado, en 4 pesos.

Jotabeche.—Recopilacion de sus artículos.—Un tomo usado 290 páginas, pasta de tela, con el retrato del autor (Edicion ya agotada) en \$ 3.50.

Estos libros se envian a provincia remitiendo, ademas de su valor, la suma de 30 centavos para el franqueo.



Artículos de Inocencio Conchalí

Próximamente saldrá a luz una recopilacion de todos los artículos publicados en la prensa del pais por el notable escritor nacional don Daniel Riquelme.
